VIII.

MEDITACION

SOBRE LA SANTIDAD NECESARIA PARA OFRECER EL DIVINO SACRIFICIO.

Yo os adoro, ¡oh Jesus! soberano sacrificador, que os ofrecísteis á vuestro eterno Padre sobre la cruz, como una víctima purísima, santísima, única que podia aplacar la divina justicia; os doy gracias porque os habeis dignado darme vuestra sangre para expiar mis innumerables culpas. Recibid mis humildes agradecimientos, porque teneis á bien conferirme la potestad de renovar este augusto sacrificio. Dadme los méritos y las virtudes que exige tan terrible ministerio: *Omnis qui habuerit maculam de semine Aaron sacerdotis non accedet offerre Deo.* [1] Consideremos: primero, cuál es la santidad que exige el sacrificio de nuestros altares; segundo, cuánto debemos temer ofrecerlo indignamente.

1. Si en la antigua Ley los sacerdotes, hijos de Aaron, debian tener tanto cuidado de santificarse

reparar mis desordenes pasados por el pesar y la

antes de entrar en el templo para ofrecer al Señor la sangre de las víctimas; si, para presentar en el altar el incienso y los panes de la proposicion, estaban obligados á estar sin mancha y sin especie alguna de impureza: *Sancti erunt Deo suo et non polluent nomen ejus, incensum enim Domini et panes Dei sui offerunt,* [2] ¡cuál deberá ser la inocencia de vida y la eminente santidad de los ministros de la Nueva Alianza, que ofrecen al Eterno Padre la víctima mas pura y mas augusta; que hacen correr sobre nuestros altares la sangre adorable del Cordero sin mancha, que inmolan en sus manos al Verbo divino, al Rey de los cielos, al Redentor y salud de todo el género humano! S. Juan Crisóstomo, penetrado de esta verdad, esclama con un sentimiento de admiracion, mezclado de terror: Sacerdotes del Señor, ¡qué felices sois por estar encargados de un ministerio tan bello y tan honroso! Pero tambien, ¡qué integridad de vida! ¡qué fondo inagotable de religion debemos esperar de vosotros! *¡Quantam ab eo integritatem exigimus, quantam religionem!* [3] ¡Oh! ¡qué santas deben ser vuestras manos para tocar tan frecuentemente el cuerpo adorable del Salvador! *Considera enim quales manus hæc administrantes esse oporteat.* ¡Oh! ¡qué pura debe ser vuestra lengua para pronunciar todos los dias las palabras terribles que abren el cielo y hacen descender al Dios de toda majestad! *¡Qualem linguam quæ verba illa effundat!* ¡Cuán enemiga del pecado debe ser vuestra alma, y cuán abrasada en el fuego del amor divino para alimentarse todos los dias con la carne virginal del Hijo del Eterno! *¡Qua denique rê non*

puriorem sanctioremque esse conveniat animam quæ tantum illum, tamque dignum Spiritum receperit! Se deberia desear, añade el mismo Padre, que el sacerdote que ofrece diariamente la hostia de propiciacion, estuviese tan adornado de virtudes como los santos que ven el rostro de Dios: tan puro como los ángeles que rodean su trono: *Idcircò necesse est sacerdotem sic esse purum ut si in cœlis ipsis collocatus inter cœlestes illas virtutes medius staret.* ¡Oh Dios mio! ¡Cuán lejos estoy todavía de poseer esas disposiciones que exigís de los sacrificadores del cuerpo y de la sangre de vuestro divino Hijo! Dignaos, Señor, penetrarme de ellas; de vuestra infinita misericordia espero tan señalado favor.

2. Consideremos que la santidad de vida es tambien necesaria para no esponerse á celebrar indignamente el divino sacrificio. Si no somos habitualmente fervorosos, tenemos riesgo de tratar con tibieza é indiferencia nuestros mas terribles misterios. Es cierto que á menudo nos causa mucho trabajo evitar, en medio de las acciones mas santas, esas sequedades y esos disgustos que han afligido á los grandes siervos del Señor; pero si, á ejemplo suyo, cuidamos de humillarnos por ellos delante de Dios, tranquilicémonos, porque esas distracciones y esas negligencias involuntarias no ofenden al Señor; conoce nuestra debilidad y perdona nuestra tibieza, cuando contrista nuestro corazon. Pero lo que le ofende de una manera sensible, es el poco esfuerzo que hacemos para mantenernos recogidos y atentos al renovar el mas augusto sacrificio de la religion. Y ¿cómo conser-

reparar mis desordenes pasados por el pesar y la

dirige el Apóstol esta misma recomendacion. ¿Hemos pensado en ella hasta este dia? ¡Ah! D

var este recogimiento y atencion habituales, si no somos abrasados del amor divino, si no somos santos? Hé aquí por qué el grande Agustin nos dice á todos: *¡Oh sacerdotes! si anima cujuslibet justi sedes est Dei, multó magis sedes, et templum Dei esse debetis mundum et numaculatum.*[4] Pero lo que sobre todo debe hacernos sentir la necesidad que tenemos de santidad, es que, sin ella, es muy difícil no profanar nuestros divinos misterios; si, cuando no toma uno á pechos su santificacion, cuando no se procura ser mas perfecto cada dia, uno se relaja, se abandona, cae en la tibieza, y de la tibieza precipítase rodando en el abismo del pecado;..... y, sin embargo, se continúa celebrando, desde entonces se comienza esta horrible cadena de profanaciones y de sacrilegios, que viste á la Iglesia de luto, contrista al cielo y abre nuevamente las sagradas llagas del Salvador.

¡Oh Dios mio! dentro de algunos años, tal vez de algunos meses, me será permitido subir al altar para consagrar el cuerpo y la sangre de mi Salvador; pero, ¡ay de mí! ¿seré digno de ello? No, no lo seré, si con más celo no trabajo en corregirme de mis defectos, si no manifiesto más ardor en adornar mi alma de todas las virtudes que hacen los ministros segun vuestro corazon. Estoy confundido de mi tibieza en vuestro servicio; pero espero, Señor, ayudado de vuestra divina gracia, ser fiel á la resolucion que tomo en este momento: primero, de prepararme, por medio de una vida cada dia mas santa, para ofrecer el divino sacrificio; segundo, de combatir con un valor, cada dia nuevo, todas mis imperfecciones y mis defectos,

muriorem sanctioremque esse conveniat animam quæ

que de otro modo me harian indigno de él: *Sacerdotes quoque qui accedunt ad Dominum, sanctificentur ne percutiat eos.* [5]

1 Levit. XXI, 21.
2 Ibid. XXI, 6.
3 De sacerdot. l. 6, c. 3.
4 De dignit. sacerd. tract. I, c. 5.
5 Exod. XIX, 22.

dirige el Apóstol esta misma recomendacion. ¿Hemos pensado en ella hasta este dia? ¡Ah! P

IX.

MEDITACION

DE LA SANTIDAD NECESARIA PARA ORAR POR LOS FIELES.

Adoremos á Jesucristo, que haciendo de la oracion su ocupacion habitual, ruega por la Iglesia, por sus discípulos, y en particular ruega por San Pedro á fin de que su fé no desfallezca. Pasa las noches enteras en oracion, y hace consistir sus delicias en conversar con Dios su Padre: *Erat pernoctans in oratione Dei.* [1] Desahoguemos nuestros corazones en accion de gracias de este ejemplo que nos da, y hagámonos un deber el imitarlo; consideremos: primero, que uno de nuestros mas esenciales deberes es el de rogar por los fieles; segundo, que no podemos hacerlo con utilidad si no somos sacerdotes santos.

1. El Señor, honrándonos con el sacerdocio, nos obliga á esponer con frecuencia á sus piés las necesidades y los votos de los fieles; á nuestra voz abre ó cierra el tesoro de sus gracias: por nuestro carácter, tenemos mas fácil acceso junto

nuriorem sanctioremque esse conveniat animam quæ

á su Divina Majestad, á nosotros toca solicitar en favor de nuestros hermanos, y obtener de la divina misericordia todas las mercedes que necesitan. Los reyes de la tierra quieren que sus ministros les hagan conocer las necesidades de sus pueblos, y por su conducto distribuyen sus gracias; el Rey del cielo quiere tambien que sus sacerdotes le espongan las necesidades de los cristianos que les son confiados; escucha favorablemente las preces que le dirigen, y por su mediacion derrama en las almas fieles sus fecundas bendiciones. Las ovejas que saben que su pastor tiene sin cesar las manos levantadas hácia el cielo para obtener de él los socorros que les son necesarios, le confian de buen grado todos sus intereses espirituales: tienen la dulce esperanza que serán oidos siempre que este ministro caritativo quiera abogar por su causa ante el Señor. Correspondamos á su confianza, y jamas dejemos de llenar un ministerio tan honroso para nosotros y tan ventajoso para ellos. En la Antigua Ley, Aaron, por su estado, tenia el deber de rogar por todo el pueblo: *Dixit Moysis ad Aaron: tolle thuribulum: et hausto igne in altare, mitte incensum désuper, pergens citò ad populum ut roges pro eis.* [2] El grande Apóstol exhorta y conjura á su querido Timoteo á mirar la obligacion de rogar por los fieles como el primero de sus deberes; le insta para que dirija al Señor por todos los hombres, de cualquier rango ó dignidad que sean, votos, súplicas y acciones de gracias: *Obsecro, igitur, primum omnium fieri obsecrationes, orationes, postulationes, gratiarum actiones pro omnibus hominibus.* [3] A nosotros tambien nos

dirige el Apóstol esta misma recomendacion. ¿Hemos pensado en ella hasta este dia? ¡Ah! Respecto á esto tal vez tenemos mucho que reprocharnos. Humillémonos por ello delante de Dios, y veamos en el punto segundo de qué manera podremos llenar este deber.

2. Consideremos que si no tenemos la santidad que nuestro estado requiere, no podemos orar con utilidad para los fieles. ¿Qué socorros espirituales se pueden esperar de un eclesiástico indevoto que rara vez se ve al pié de los altares, que con trabajo sacrifica algunos instantes del dia para recitar á toda prisa el oficio divino, que no parece en la iglesia sino cuando las funciones de su ministerio lo llaman á ella? Con una indiferencia tan marcada por el santo ejercicio de la oracion, ¿qué podrá obtener del cielo para las almas que le están confiadas? ¿Algunas oraciones vocales dichas con frialdad podrán llegar hasta el trono del Eterno? ¿Conmoverán su corazon, desarmarán su cólera? No, sin duda: solamente los votos que salen del corazon que el amor y el fervor animan, son oidos por el Señor: *Dominus propè est omnibus invocantibus eum in veritate.* [4] Pero tambien, ¿qué imperio no tienen sobre el corazon de Dios las preces de un sacerdote santo? Me parece verle en el templo del Señor prosternado humildemente á los piés de nuestros santos tabernáculos, ofreciéndose como víctima de su rebaño, pidiendo al soberano Pastor, ya la conversion de los pecadores endurecidos que por largo tiempo resisten á la gracia, y ya la perseverancia de las almas piadosas y fervientes, que son el dulce consuelo de su ministe-

tierra, y que nos manda encender por todas pa-

rio, y ya en fin, colocándose entre Dios ofendido y los hombres culpables, con la misma confianza y la misma libertad que Moisés para oponerse á los terribles golpes de la justicia divina. ¿Cómo creeis que el Señor mirará á este celoso mediador? ¿Puede, acaso, desdeñar los votos ardientes, los suspiros y las lágrimas de este ministro, segun su corazon? No, sin duda: al contrario, se conmueve al ver su abnegacion y su fervor; oye favorablemente sus oraciones, y no dejará que se levante del sagrado pavimento sin haber cumplido sus deseos: *Et non discedet donec Altissimus aspiciat.* [5] Feliz el rebaño que tiene un pastor como el que acabamos de pintar! Posee un rico tesoro. ¿Qué tiene que temer, ó mas bien, qué no tiene que esperar de tan poderoso intercesor para con Dios?

Pronto, ¡oh Dios mio! voy á estar yo mismo encargado de todos los intereses espirituales de una parroquia: será preciso que á mi voz se abra el cielo y haga descender el divino rocío; pero ¿qué imperio podré tener sobre vuestro corazon si no soy un sacerdote piadoso y ferviente, en una palabra, si no soy un santo? Para llegar á serlo, voy á trabajar con mayor celo, á fin de conseguirlo, tomo en este momento la resolucion de acordarme: primero, que ser sacerdote y ser santo son dos cosas de tal manera unidas, que no es posible separarlas sin violencia; segundo, que siendo sobre la tierra el mediador entre Dios y su pueblo, no puedo llenar oficio tan honroso sin tener las virtudes que requiere: *Erat autem, hujusmodi visus: Oniam qui fuerat summus sacerdos, virum bonum et benignum. . . . orare pro omni populo Judæorum.* [6]

1 Luc. VI, 12.
2 Num. XVI, 46.
3 I. Tim. II, 1.
4 Psal. CXLIV, 18.
5 Eccl. XXXV, 21.
6 II. Mach. 15, 12 et seq.

tierra, y que nos manda encender por todas pa

X.

MEDITACION

SOBRE LA SANTIDAD INDISPENSABLE PARA PREDICAR CON FRUTO.

Adoremos á Jesucristo, que queriendo hacernos gustar sus divinas máximas, ha comenzado por practicarlas él mismo: *Cœpit Jesus facere et docere.* [1] Ejemplo memorable que enseña á todos los que se preparan para el santo ministerio, á poner primero en práctica las lecciones de virtud que deben dar á los otros. Demos gracias á este Dios de bondad por haber puesto en nuestras manos un medio tan eficaz de hacer fructuosas nuestras predicaciones á los fieles. Meditémosle hoy para penetrarnos bien de él. Consideremos que los predicadores del Evangelio deben ser santos: primero, porque el Señor lo manda; segundo, porque el interes de los fieles lo exige.

1. Por su palabra omnipotente ha creado Dios el universo; por esta misma palabra lo quiere salvar; mas para que produzca los frutos de salud que tie-

ne derecho á esperar de ella, desea, y aun exige que sean santos los ministros que la anuncian. Si Jesucristo envia sus apóstoles á predicar su Evangelio á todas las naciones, no es sino despues de haberlos afirmado en la práctica de todas las virtudes. Por este motivo, al subir al cielo, les prohibe dejar su retiro hasta que sean revestidos con la fuerza de lo alto; es decir, hasta que estén llenos de piedad, de celo y de santidad: *Sedete in civitate quoad usque induamini virtute ex alto.* [2] Conducta admirable, que debe hacernos comprender cuánto nos importa ser hombres ejemplares y perfectos, si queremos ejercer un dia con fruto el ministerio de la palabra: porque si nuestra conducta, dice S. Gerónimo, no correspondiese á la santidad de las divinas máximas que anunciamos, nuestros oyentes podrian decirnos: Ministros del Señor, ¿por qué no es tan edificante vuestra vida como los discursos que nos dirigís? ¿Por qué rehusais ir al frente de nosotros y poner en práctica lo que nos enseñais? *Non confundant opera tua sermonem tuum; ne, cum loqueris in Ecclesia, tacitus quilibet respondeat: cur, ergo, hæc quæ dicis, ipse non facis?* [3] Luego es cierto que debemos ser santos si queremos santificar á los otros; que debemos estar inflamados en el amor divino antes de encender este fuego sagrado en el corazon de los fieles. ¿Cómo, en efecto, pueden salir palabras de fuego de una alma que es un hielo para con Dios? ¿No debe, por ventura, estar abrasado en estos ardores celestiales para comunicar á los otros ese fuego divino que el Hijo de Dios vino á traer sobre la tierra, y que nos manda encender por todas par-

tes? *Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendatur?* [4] ¡Ah! Cuando yo desciendo al fondo de mi alma, ¿qué es lo que allí encuentro? Tibieza, indiferencia, un frío glacial. ¿Cómo, con disposiciones tan imperfectas y tan contrarias al espíritu del sacerdocio, me atreveré á presentar en la cátedra de la verdad? ¡Ah! Señor: moved mi corazon por vuestra gracia: derretid este hielo que os entristece; llenadme de ese espíritu de celo y de fervor que da tanta fuerza y eficacia al ministerio de la palabra santa que nos mandais anunciar en vuestro nombre. *Si justitiam quis diligit, labores hujus magnas habent virtutes... disponam populos et nationes mihi erient subditæ.* [5]

2. Consideremos que el interes de los fieles exige tambien, por parte de los predicadores del Evangelio, una conducta ejemplar y santa. Los eclesiásticos de una eminente virtud, son los que hacen amar la religion y los deberes que impone. Se predica con bastante elocuencia cuando no se dice á los otros, sino lo que uno mismo practica. La esperiencia de todos los dias nos enseña, que una sola palabra de edificacion, de un sacerdote que tiene la reputacion de un santo, hace mas impresion en los corazones, convierte mas almas, infunde mas horror al pecado, hace mas amable el servicio de Dios, que los discursos mas patéticos y mas estudiados. Nos sorprendemos y afligimos, viendo que nuestras predicaciones causan hoy dia tan poca impresion en los corazones de los oyentes. Pero ¿por qué nos asombramos de esto, cuando vemos nuestra conducta? No queremos decidirnos á predicar con el ejemplo. Imponemos

á los otros, cargas que no queremos tocar con la punta del dedo. Nosotros, pues, somos los que impedimos el fruto de la divina palabra. ¡Ah! si tuviéramos mas virtud y mas celo por nuestro adelanto espiritual, los fieles se edificarian de esto y se apresurarian á caminar en seguimiento de nosotros: *Vestra æmulatio provocabit plurimos.* [6] Se queja uno del poco fruto de las meditaciones; pero ¿cómo puede un sacerdote indevoto, que no cumple sus funciones sino por rutina, que carece de caridad para con el prójimo, y es un hielo para con Dios, anunciar la palabra santa? Él mismo no siente lo que dice: nada le conmueve, nada le penetra. Así los oyentes salen de sus sermones secos, fríos, helados, y con frecuencia hastiados, descontentos, quejándose altamente de que el orador no haya dicho nada á su corazon para conmoverlo, enternecerlo y decidirlo á practicar el bien. En la boca de este ministro, desprovisto de las virtudes de su estado, parece que la palabra santa ha perdido toda su fuerza; esta divina semilla cae en los corazones, es verdad, pero no produce ningun fruto; deberia convertirlos, y, sin embargo, permanece estéril. Digamos, pues, con San Bernardo, que la mejor predicacion es el ejemplo de una vida santa.

¡Oh Dios mio! en el seminario me siento estimulado de un deseo ardiente de predicar, de catequizar, de ganar almas para vos; pero hoy comprendo que no debo todavía ocuparme de los otros, sino que al contrario, he de trabajar en mi propia santificacion. Seria una temeridad, por mi parte, presentarme en medio del pueblo cristiano para anunciarle los divinos preceptos, si yo mismo no los

observase. Bendecid, pues, Señor, la resolucion que tomo: primero, de trabajar cada dia con nuevo ardor, para hacer mi conducta mas y mas edificante; segundo, de corregir en mí todos los defectos y todas las imperfecciones que escandalicen á mi prójimo, y que serian un obstáculo para el buen éxito del ministerio sagrado de la predicacion que pronto debo ejercer: *Rape ad amorem quos potes, et dic eis: amemus, redamemus in quantum possumus, non inveniemus meliorem.* [7]

1 Act. I, 1.
2 Luc. XXIV, 49.
3 Hieron. ep. 34.
4 Luc. XII, 49.
5 Sap. VIII, 7-14.
6 II. Cor. IX, 2.
7 S. Aug.

XI.

MEDITACION

SOBRE LA SANTIDAD NECESARIA PARA EDIFICAR A LOS FIELES.

Adoremos á Dios, que dándonos á su Hijo, modelo perfecto de todas las virtudes, quiere que tengamos fijos los ojos en él, para que seamos sus fieles imitadores. [1] Caminando sobre las huellas de este divino ejemplar, podremos edificar algun dia al rebaño que se nos confiare. [2] Consideremos que los alumnos del santuario deben ser santos: primero, para no escandalizar á los fieles; segundo, para animarlos á la práctica de sus deberes.

1. Un eclesiástico debe estar convencido de que su conducta no puede ser indiferente para el pueblo cristiano; si no edifica, escandaliza. [3] Todas sus obras aparecen como á medio dia; son objeto de las miradas de todos, como una ciudad colocada en la cima de una montaña. [4] En vano se esforzaria para sustraerse al ojo penetrante, atento y curioso de un mundo corrompido, que procura en-

ramente gratuito, que nunca sabremos apreciar

contrar en él defectos para autorizar sus propios escesos. Si tiene la desgracia de separarse de los senderos de la justicia: si es ligero en sus maneras, inconsiderado en sus propósitos y procedimientos, tibio y frío en el cumplimiento de sus deberes religiosos; en una palabra, si no tiene toda la piedad, el fervor y la santidad de vida que exige su estado, desde luego hará caer en el mayor desaliento á las almas piadosas, alegra á los pecadores, contrista á la Iglesia, pone en duelo á la religion, envilece y degrada el sacerdocio evangélico. ¡Ah! si en el silencio de la meditacion, y prosternado al pié de los altares, recordara yo estas reflexiones, qué de esfuerzos haria para abstenerme aun de las menores faltas, como lo aconseja el Apóstol. [5] Qué ardor y qué celo mostraria cada dia para hacer mi conducta mas y mas regular y edificante, para no comprometer el ministerio sacerdotal. [6] Cuál seria mi atencion en arreglar bien todos mis procedimientos, para tener algun dia el consuelo y la dicha de ser un modelo completo de reserva, de gravedad, de perfeccion y de santidad. Esta es, ¡oh Dios mio! la gracia que pido á vuestra infinita bondad: *In omnibus te ipsum præbe exemplum bonorum operum in doctrina, in integritate, in gravitate, verbum sanum, irreprehensibile.* [7]

2. En segundo lugar, debemos trabajar con celo en nuestra santificacion, porque el ejemplo de nuestras virtudes contribuirá poderosamente para animar á los fieles á la práctica del bien, si tenemos las virtudes que exige nuestro estado. Seremos como lámparas resplandecientes en la casa del Señor; alumbraremos al pueblo cristiano; le mostraremos sus deberes, y observando nosotros los nuestros, lo determinaremos á imitarnos: en el retiro y en el bullicio del mundo, en el seminario y en el ejercicio de las funciones sacerdotales, por todas partes llevaremos el suave olor de Jesucristo. [8] Nuestro valor al caminar con paso firme, en la carrera de la perfeccion, doblará las fuerzas de los que sean testigos de nuestro celo y fervor en el servicio del Señor. ¡Qué felices somos! decia á este propósito San Ambrosio; nos basta aparecer en el público con las virtudes de nuestro estado, para ser útiles al prójimo; porque el imperio de la santidad sobre el corazon es tan grande, que el cristiano menos arreglado en su conducta no puede ver un eclesiástico ejemplar, sin verse precisado á respetar la virtud y á ruborizarse de sus desórdenes. ¡Ah! ¡si todos los sacerdotes tuvieran una conducta ejemplar, muy pronto ya no habria necesidad de tantas predicaciones, ó á lo menos harian una impresion mas viva en el corazon de los que las escuchan! La conducta de un santo pastor es la mejor censura de todos los vicios que reinan en una parroquia. Su vida ejemplar es una predicacion continua, cuya elocuencia muda, gana mas almas á Dios, que los discursos mas persuasivos. Hé aquí por qué la Iglesia no tiene tanta necesidad de sacerdotes, cuanta de buenos sacerdotes. Un solo pastor, segun el corazon de Dios, hará mas servicios á la religion que ciento, si no tienen el espíritu de su estado. No se necesitaron mas que doce Apóstoles para convertir el universo; un S. Agustin para conservar la fé en toda la Africa; un Cárlos Borromeo para santificar á todo Milan; un Fran-

ramente gratuito, que nunca sabremos apreciar

cisco de Sales para hacer que volviesen á entrar al seno de la Iglesia católica setenta mil herejes; un Vicente de Paul para hacer prodigios de celo y de caridad, que asombrarán hasta al fin de los siglos, y un Francisco Javier para conquistar veinte reinos á Jesucristo. No es, pues, esencial á la Iglesia tener muchos sacerdotes; pero sí importa sobremanera no tener sino ministros santos.

¿Tendré yo, oh Dios mio, la dicha de ser algun dia un sacerdote segun vuestro corazon? Yo lo espero y lo deseo con toda mi alma. Vivamente reconocido porque la Iglesia quiere honrarme con su eleccion y su confianza, procuraré ser su alegría y su corona; muy lejos de contristarla con una vida opuesta á la santidad de mi vocacion, me esforzaré por ser su gloria y ornamento por mis virtudes. Estas son, Señor, las resoluciones que tomo en vuestra divina presencia; concededme la gracia de que sea constantemente fiel á ellas. *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum, et animam meam faciet.* [9] *Nemo adolescentiam tuam contemnat, sed exemplum esto fidelium.* [10]

1 Inspice, et fac secundúm exemplar. Exod. XXV, 40.
2 Forma facti gregis ex animo. I. Petr. V, 3.
3 Hic positus est in ruinam, et in resurrectionem multorum Luc. II, 34.
4 Non potest civitas abscondi supra montem posita. Matth. V, 14.
5 Ab omni spcie mala abstinete vos. II. Ep. Thess. V, 24.
6 Nemini dantes ullam offensionem, ut non vituperetur ministerium nostrum. II. Cor. VI, 3.
7 Tit. II, 7 et 8.
8 II. Cor. II. 15.
9 I. Reg. II, 35.
10. I. Tim. IV, 12.

004531

XII.

MEDITACION

SOBRE LA TONSURA CLERICAL.

Adoremos á Jesucristo, que por un insigne favor se ha dignado escogernos para ser la porcion mas querida de su rebaño. Al separarnos del mundo ha querido ligarnos á su servicio de la manera mas íntima é inviolable; pero mientras mas predileccion y bondad nos muestra, mayor derecho tiene para esperar de nosotros celo y consagracion. [1] Démosle gracias por este señalado beneficio, y prometámosle amor y fidelidad. Consideremos en la meditacion de hoy: primero, cuál es el precio y escelencia de la tonsura; segundo, cuáles son las disposiciones que exige.

1. Para formarnos una idea de la escelencia de la tonsura, recordemos que por esta augusta ceremonia, somos sacados de la ignominia del siglo para ser colocados el resto de nuestros dias en el santuario del Señor; dón inestimable, favor enteramente gratuito, que nunca sabremos apreciar